

Homenaje al escultor Federico Marés

F. OLIVÁN BAYLE Y RIPOLL (†)

Académico Correspondiente de la Real de Bellas
Artes de San Jorge, en Zaragoza

Se le hizo en Barcelona a fines del pasado octubre, brillando la ciudad en homenaje de admiración que se rindió a un ilustre hijo, en la persona del escultor, coleccionista, escritor y profesor, además de filántropo, que ha sido Federico Marés y Deulovol, natural de Port-Bou, Gerona, nacido en 1893.

Cuando adolescente, su padre, buen bibliófilo, le trajo a Barcelona, donde estudió y formó como escultor, compitiendo con todos los de su tiempo hasta llegar a ser gran figura de la talla y el cincel.

Coleccionista singular, con su empeño logró reunir un gran museo de escultura y artes suntuarias que, en el año 1946, por voluntad propia, hizo donación de aquel grueso conjunto de arte a la ciudad de Barcelona. Años más tarde diría que en su «No se me regaló nada, todo al revés; cuanto gané lo gané a pulso con mi esfuerzo y mi trabajo. Viví situaciones difíciles, tuve mis desalientos pero me resigné, supe aguardar, jamás perdí la ilusión ni menos la fe». Esto explica el carácter luchador que este espigado varón de aire quijotesco tenía, quien, con sólo su figura, pregonaba al pasar más que su carácter. Nuestro pintor «Guillermo», llegado a Barcelona en 1929, le hizo un retrato durante aquellos días de 1983 en que a Federico Marés se le rendía homenaje al llegar a nonagenario.

En vísperas de su homenaje le visitamos en el viejo palacio de los condes de Barcelona, frente a la catedral, donde Marés, director de su Museo, allí, en el último piso, tenía su morada.

Mi amistad con el gran escultor se inició en tiempo en que a la Lonja de Mercaderes de Zaragoza que, adornada con tapices medievales de La Seo, en tan singular marco renacentista aragonés se exhibían las figuras de los reyes y condes catalano-aragoneses que habían sido destruidas en el monasterio de Santa María de Poblet, durante la guerra civil (1936-1939). Después de la guerra civil llamaron al escultor Federico Marés para que en su taller se encargara de restaurar las esculturas que representaban a nuestros reyes y condes, que a Zaragoza trajeron para exhibir la obra de Marés en la histórica Lonja de don Hernando de Aragón quedaron expuestas: marco más idóneo no se pudo hallar en la capital del Reino de Aragón.

La labor del escultor Marés se extendió, al menos, a restaurar las partes que faltaban en las imágenes de mármol de distintas clases; cabezas, manos, pies, coronas, cetros, etc. Primero se dedicaron a identificar los personajes que representaban. Recuerdo haber oído que la estatua del rey Jaime I el Conquistador costó poco identificarla, por el enorme tamaño que tenía, que este rey salió del castillo de la Orden de Calatrava en Monzón del río Cinca, a los once años, ya viril, a comenzar su actividad de reconquistador.

Tampoco fue costoso identificar la estatua de don Juan I de Aragón, el restaurador del «Gay Saber», por su pequeñez. Hubo figuras que necesario fue reconstruirlas, mientras otras, lo más que necesitaron fue engastar algún trozo de mármol en la capa exterior de su vestidura.

Expuestas al público fueron en Zaragoza en dicho lugar. No desaproveché la ocasión, acudiendo con buen número de alumnos ante el escenario que de maravilla se me presentaba, pronunciando mi lección especial de historia y arte en la histórica mansión. Lección que repetí con otros alumnos míos; todos los cuales quedaron encantados y muchos años más tarde aún recordaban con deleite. Esto llegó a conocimiento del gran escultor catalán quien comenzó por mandarme una postal en blanco y negro representando la figura de un rey de Aragón en estatua ya restaurada, con lo que dio comienzo al cambio de correspondencia que nuestro sabio escultor la hacía a mano, mientras que este hombre de buena voluntad, dada mi mala letra, lo hacía a máquina. Su última carta, como siempre, escrita a mano, la recibí firmada en Barcelona, el 1 de junio de 1988, en la que me decía haber tenido un accidente «de una caída inverosímil que me rompí la cabeza del fémur. Mi convalecencia lleva ya tres meses. Eso será que Dios no nos abandona, ni a usted ni a mí. Yo, también, mi amigo Oliván le recuerdo siempre con gran simpatía y afecto».

El gran escultor había tenido una caída. Yo, a consecuencia de mi

diabetes, había estado 22 días en el Hospital de San Gregorio, por prescripción médica: los dos nos llegamos a recuperar.

Con motivo de cumplir noventa años de edad, en 25 de octubre de 1983, se le tributó un homenaje al presidente de la Real Academia Catalana de Bellas Artes de San Jorge; le rindió cálido homenaje que organizó una comisión, cuya presidencia de Honor ocuparon S. M. el rey don Juan Carlos y la vicepresidencia, el señor Jordi Pujol.

Se celebraron dos actos solemnes; uno académico en la Sala Dorada de la Cámara de Comercio de la Lonja de Barcelona, en que hablaron el alcalde, Maragall, don Martín de Riquer, presidente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona y el arquitecto Cervera Vera representando a la Academia de San Fernando de Madrid. Por último, habló en catalán y castellano el homenajeado Marés y Deulovol.

Yo fui en representación propia y de la Real Academia Aragonesa de Nobles y Bellas Artes de San Luis, teniendo el honor de estar sentado junto a la famosa pintora francesa, Magdalena Leroux, esposa del genial escultor español Pérez Comendador, entonces ya fallecido.

A las nueve y media de la noche se celebró la segunda parte de este homenaje en el palacio Real de Pedralbes, afueras de Barcelona, teniendo que cambiar de traje, según el protocolo: de etiqueta por la tarde, de «smoking» para la cena de Pedralbes, cuyo palacio estaba iluminado como en las grandes solemnidades, así como sus amplios jardines de otoño.

No sé los cientos de personas representativas de la intelectualidad española que en Pedralbes nos juntaríamos, pero allí se habían citado lo más florido de las letras, ciencias y artes catalanas y, como la noche acompañaba, tanto en el interior del palacio como en los jardines, pudimos conversar a placer aquella deliciosa noche. El escultor Marés iba de un lado a otro colocando a los asistentes como un maestro de ceremonias, estando en todo. Tuvimos la suerte de que nos colocara en una mesa circular en compañía de nueve intelectuales más, muy cerca de la mesa presidencial.

Mi atención llamaba la actitud de Marés, poniéndose en pie a cualquier momento por el más fútil motivo y a todos nos admiraba lo bien que llevaba sus 90 años y su envidiable lozanía, pero el protagonista era él: por eso, y su rica salud, estaba en todas partes.

Al final se hizo la «Presentació de la Miscel·lània en honor de l'Excm. Sr. Frederic Marés i Deulovol», interesante libro que me pareció ser de tamaño folio, encuadernado; pero, aunque lo deseé, no pudo llegar a mi alcance número alguno, por estar muy atrás. Llegué ante el secretario, a la sazón Bonastre i Bertran, pero me pasó como a aquel que

estaba en cola esperando le llegara la estampica de San Tal y San Cual, pero al llegarle el turno le dijo el sacristán que le daba la estampica de San Acabau.

Todo terminó felizmente aquella célebre noche. A la vuelta me trajo en su coche el genial escultor Subirachs, desde Pedralbes a mi mansión de la calle de Egipcias.

Al día siguiente fui a adquirir libros de lance por los alrededores de la catedral, y vuelta para Zaragoza por la estación de Francia.

Enterado Marés de mi frustración con la Miscelánea, a poco tiempo recibí un hermoso ejemplar de «El mundo fascinante del Coleccionismo y de las Antigüedades. Memorias de la vida de un coleccionista». Hermoso libro sobre el tema que su título indica, con toda claridad, lo que la vida del gran patricio y filántropo español cuyo nombre nunca podrá dejar de brillar en la historia del arte y la vida social de Cataluña; cerebro y avanzadilla de la cultura española, que tan bien sabe honrar a sus predilectos hijos.

Recuerdo que al llegar al palacio de Pedralbes nos saludamos con Guillermo Daíz Plaja, el fecundo escritor José Gudiol y su hija Montserrat, pintora. Con Magdalena Leroux de Pérez Comendador volvíamos a vernos; también con Monreal Tejada, nuestro paisano. Bonastre acudía a donde solicitaban su presencia, que era en muchos sitios, así como Federico Marés, que no paraba, como si fuera un joven de 30 años. Con ellos, Cataluña subía a gran altura, como requería la circunstancia.

Las mesas en que habíamos de tomar el «Sopar d'Homenatge» eran de diez plazas, invitándome Marés a sentarme entre otros nueve catalanoparlantes, deslizándose la cena dentro de la mayor normalidad y sosiego. Nosotros habíamos expresado nuestro pensamiento dentro de un castellano-aragonés, de que quedamos satisfechos.

Durante la cena llamaron mi atención los centros de mesa. De tan agradables colores resultaron ser aquellos gajos de calabaza redonda con un pico arriba en lo alto. Entre dichos gajos sobresalían hojas de planta de salón de serio color verde; grupo que rodeaba el eje que formaba un cirio color salmón que ardió toda la noche. Resultaba una bella armonía la composición y hasta espectacular adminículo.

Acabado el «Sopar d'Homenatge» pronunciaron los discursos en que, de nuevo, parlamentó el homenajeado cuando ya era la medianoche, retirándonos a continuación, a tiempo que brillaba espléndida noche.

Interesante había sido para nosotros acudir, el día de la víspera, al domicilio de la Real Academia Catalana de Bellas Artes de San Jorge, instalada en La Lonja del Paseo de Isabel II. Allí pudimos contemplar, una vez más, la rica colección de arte propiedad de la Academia: pin-

tura, escultura, dibujo, grabado, que las salas del recinto atesoran. Aquella colección había ido, de menos a más, hasta llegar a colmar aquel número de salas, cuyo tesoro custodiaban. Ya desde la entrada en su largo y ancho pasillo albergaba gran número de cuadros colgados hasta tal altura que con dificultad podían observarse los colgados arriba y, aunque se apreciaban los motivos pictóricos, la vista no llegaba a leer la rotulación.

Pasamos después a un cuadrilongo salón, de cuyas paredes pendían las mejores piezas de la gran colección, en que gran número de clásicos y escuelas estaban representados. Las amplias galerías que rodean el patio de La Lonja están pobladas por magnífica colección de pintura y escultura, alternando grandes lienzos con estatuas y relieves esculpidos.

Los muros de la Secretaría están decorados por una colección de dibujos legados a la Academia por Rigalt Barriols y Milá y Fontanals, además de muchos grabados.

La Sala de Juntas de la Academia está centrada por un mármol esculpido por Damián Campeny. Sus paredes están recorridas por una veintena de bellos dibujos representando desnudos, casi todos de modelos jóvenes en distintas actitudes, firmados todos por el gran Mariano Fortuny. Fueron colocados allí a iniciativa de Federico Marés. Ellos fueron tema para que, en el Centenario de la muerte de Fortuny, en 1974, habláramos del gran pintor en «Heraldo de Aragón», de su «Estudio para una Crucifixión», «El flautista», «El discóbolo», «Busto de estudio», «Lancero», «Arquero», «Danzante», «Luchador», «Niño pensativo», «Figura masculina», «Figura sedente» y otros más. «Figura de niño» es copia de Rafael de Urbino, óleo sobre cartón.

Allí, junto a Secretaría, se ven los retratos de viejos presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge que a lo largo de la historia se fueron sucediendo: señor marqués de Alfarrás, el de Ciutadilla, Bertrán y Amat, el conde de Lavern, el conde de Güell, Baixeras Verdguer, Masriera y Rosés, Mateu Pla y el actual Federico Marés.

Por todas las salas del recinto de la Academia aparecen pinturas y esculturas de los más célebres artistas catalanes y del resto de España: Juvany, Montaña, Félix Mestres, Clavé, García Hidalgo, Vives, Fortuny, Camarón, Flaugier, Vergara, Trías, Lacoma, Teixidó, Batlle, Espalter, Gálvez, Gonzalvo, Martí Alsina, Juncosa, Battistuzzi, Viladomat, Mas y Fontdevila, Maella, Bayeu, Rigalt, Espinosa, Milá y Fontanals, Pizarro, Nin, Llorens, Lorenzale, Casanovas, Cabanyes y otros más. También se veían obras, no estudiadas por completo, atribuidas a Rembrandt, Guido Reni, Gentileschi, Murillo, Salvatore Rossa, Lanfranco, Mignard, Pompeo Botoni, Carlo Maratta, Pedro Orrente, Pedro de Cortona y algunos más.

Un interesante libro de Marés y Deulovol, «Dos siglos de enseñanza artística en el Principado», nos da buenos datos de este particular y viejo museo que tuvo origen en la Escuela de Nobles Artes que, anteriormente, creó la Junta de Comercio de Barcelona, fundada en la segunda planta de La Lonja el año 1775.

Allí figuraban muchos dibujos que en la ciudad de París adquirió el grabador valenciano Pascual Moles. Otros dibujos se adquirieron en la testamentaria del pintor bohemio Antonio Rafael Mengs. Otros fueron donados por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Para completar esta colección de obras, en 1971 se adquirió un gran lienzo del pintor catalán Antoni Viladomat.

Pero no todo había sido un camino de rosas en primavera, pues el año 1806 decían haberse adquirido un gran lienzo de Velázquez que, a la postre, resultó ser una copia del italiano Gentileschi. Por fortuna, por aquel tiempo adquirieron un cuadro mitológico del francés Nicolás Uoussín que representa a «Narciso rodeado de ninfas», además de otro perteneciente a la escuela flamenca. Entonces la colección poseía algunas obras maestras de primera magnitud. Correggio, Sebastiano del Piombo y algunos artistas de prestigio universal.

Entre aquella nutrida colección de cuadros, en nuestra vista quedó grabado un lienzo de grandes proporciones: representaba la «Salida de Antonio Pérez de la cárcel de la Manifestación de Zaragoza». El famoso secretario de Estado huía de la cárcel acompañado de su amigo y cómplice, Mayorini, al arrancar de la puerta de la cárcel hacia la frontera de los Pirineos y pisar tierra de Francia. Este lienzo me hubiera traído a Zaragoza para que no recordara aquella triste página con que el absolutismo marcó a Zaragoza, arrebatándole sus Fueros. Ese lienzo quedaría en el Museo Histórico de la Ciudad, que algún día volveremos a fundar con fuertes cimientos para que nunca alguna potestad, por capricho, no vuelva a hacer desaparecer.

También, acerca de Antonio Pérez, he de manifestar que, en colección privada de Barcelona, guardan un bello retrato del enemigo de Felipe II, al que se ve en busto, vestido con tudesco sobre jubón abotonada, tocado con sombrero de época, cerrando su cuello una gorguera. Más interesante es este retrato al haber sido realizado por el neozelandés del siglo XVI Antonio Moro.

Esto viene a ser la morada social de la vieja Academia Catalana de Bellas Artes de San Jorge, a la que antes nada envidiaba la aragonesa de San Luis de Zaragoza. Por desgracia, hoy sí.

Esto es mi homenaje al filántropo artista Marés Deulovol.